



---

## Arrecife: aprender a caminar

María del Rosario Hernández

*"Es sabido que la identidad personal reside en la memoria y que la anulación de esa facultad comporta la idiotez".*

Borges, 1971.  
*Historia de la Eternidad, 37.*

Algunas mañanas tempranito cuando llego a Arrecife por la carretera del sur tengo la sensación de introducirme en una ciudad diferente y, sin embargo, sé que nada la hace distinta a otras ciudades que conozco. En efecto, una vez en sus calles, me doy cuenta de que lo aparente no es real: las mismas aceras, el mismo estilo arquitectónico reciente, la misma suciedad. Su disposición, ubicación, incomodidad de calles, parece que se debe más a la especulación que a la ordenación racional; más a las necesidades de los coches que de las personas que caminamos y vivimos en ella. Se ha pensado más en el bloque que en el aire, más en el piche que en el mar.

Arrecife es una ciudad azotada por lo que hemos venido denominando auge económico, por las especulaciones inmobiliarias, por la arbitrariedad de los catálogos patrimoniales, por el planeamiento y por la indiferencia social. En definitiva, por los errores y horrores urbanísticos y sociales.

Resulta difícil explicar que una ciudad con inicios de vocación marinera sea un núcleo que vive sin él. Cuando caminamos por el interior de Arrecife nada nos indica que el mar y la playa se sitúan tan cerca: los edificios lo ocultan todo, las calles no conducen al mar. El Charco de San Ginés es la excepción y aún así es galopante

*"Arrecife es una ciudad azotada por el auge económico, por las especulaciones inmobiliarias"*

*"Una buena parte del Arrecife visual la hemos perdido para siempre"*

su deterioro y desvirtuación. El Charco forma parte del núcleo histórico más peculiar de Arrecife y sólo cuando estamos en él es cuando sentimos el mar. Sus barcos, sin que ello sea una realidad muy viva, permanecen más en el recuerdo y en las páginas de los libros que en el paisaje actual. Una buena parte del Arrecife visual lo hemos perdido para siempre. Lo poco que nos queda permanece más por desidia y olvido que por gratitud con la historia, por sentido común o por conciencia. En nombre del avance hemos perdido parte de nuestra herencia peculiar y genuina, hemos homogeneizado el legado y retrocedido, hemos privado al planeta de nuestro aporte urbano: No hemos sabido conservar elementos relevantes de nuestra historia. Es difícil realizar un recuerdo de lo perdido porque éste se ha producido desde la inconsciencia y desde la complicidad de la totalidad de las personas que vivimos en Arrecife: desde la ignorancia, la desidia, desde el negocio y con la inestimable colaboración de los poderes públicos.

Mientras se acerca la celebración del Bicentenario, como hito que puede ser reconocido por toda su población, cobra más sentido realizar un ejercicio común y social sobre nuestra relación como ciudadanía de Arrecife, con nuestro pasado y sobre qué lugar le damos al pasado en nuestro presente.

Difícilmente podemos recuperar nuestro pasado arquitectónico. Recuperar la verdadera historia del Castillo del Quemado, la información del Puente de Las Bolas, el contenido social de la calle La Marina, los yacimientos arqueológicos del Charco de San Ginés, de la sanidad, de las pesquerías, etc. Todo ello lo hemos dejado en manos de las personas que se dedican a su estudio. Las reivindicaciones patrimoniales y ambientales las dejamos a las asociaciones ecologistas, éstas a quienes con tanta facilidad e insultante desprecio descalificamos cuando sentimos que no nos representan y que reclamamos cuando no se hacen eco de nuestras inquietudes.

Arrecife es un pequeño caos: es imposible recuperar nuestro pasado arquitectónico y sólo el que queda en pie tenemos la opción - desde la condición y no desde la libertad - de conservarlo. Lo demás queda como materia de los libros de historia que permanecen sin escribir y cuando abordemos su lectura es posible que no nos reconozcamos, que la imagen que nos devuelve el espejo de lo vivido, no nos sea familiar.

Para una buena parte de la ciudadanía, Arrecife sólo necesita conservar un puente con bolas, dos castillos y algunas viviendas bonitas . Apenas existe patrimonio histórico y si las personas que lo

estudian nos dicen que sí existe, éste no se nos presenta como un recurso a través del cual podemos acceder al conocimiento del pasado, de nuestros problemas y su abordamiento en conjunto como sociedad y como personas individuales e individualizadas. Al contrario, lo percibimos como un impedimento para lo que llamamos progreso. El progreso, sin embargo, ahora es parar, coger respiro, oxigenarnos y despejarnos para pensar qué ciudad queremos, cómo logramos que sea vivible.

No me extraña que sólo pensemos en puente, bolas y castillos. Hemos perdido tanto que es fácil pensar que no nos queda nada por proteger y esto la hace todavía más vulnerable, pues ello provoca una mayor indefensión. No hemos hecho uso del patrimonio histórico que poseemos, pues de utilizarlo tendríamos que haberlo conservado. Una cosa inevitablemente conlleva la otra.

El Patrimonio cultural se caracteriza porque es sólo cuando éste peligró cuando lo consideramos de todas las personas y cuando nos sentimos legitimadas para opinar. Mientras que su conservación no corre peligro, éste carece de propiedad concreta y ello se manifiesta en una tremenda dejadez. Cuando percibimos o conocemos el peligro, normalmente, los colectivos o personas más concienciadas llegamos con retraso para exigir su conservación y tremendamente tarde para conseguirlo; cementerio viejo y edificio completo de la Casa de Los Arroyo, farmacia Matallana, vivienda de Blas Cabrera, vivienda de los Rijo, fábrica de tabaco, etc, etc, etc.

Estimo que en Arrecife nos hemos olvidado de la arquitectura anónima, de los elementos simples y singulares, producto de una profunda sabiduría y una exquisita adaptación. De lo primero por modesto no lo vemos, básicamente porque no lo conocemos.

Es en 1926-1929 cuando se levanta el Cabildo como primer edificio público. A lo largo del S. XIX, el Cuartel, la Escuela, la Sala de Armas, la Real Aduana, Correos, etc ... se acomodan en edificios domésticos. No por eso, dejamos de tener historia. Generalmente no reconocemos las características de la arquitectura tradicional en su aspecto de depuración urbana y adaptación a la climatología, como la vivienda de la C/. Riego, 1, donde viviera Francisco Fernández Bethencourt, miembro de la Real Academia de la Historia (Arrecife 1851 - Madrid 1916). La pedrera, los molinos, la tahona, las salinas, las maretas, la serie de almacenes de la vía del campo santo, el primero y el segundo cementerio, la ermita inacabada del Carmen, la vivienda de Blas Cabrera, etc ... son elementos poco conocidos, ignorados por la población escolarizada y ausente

*"El progreso  
ahora es parar,  
coger respiro y  
pensar qué  
ciudad  
queremos"*

de los planes de estudio. Es este Patrimonio el que entiendo que debe formar parte del sustento con la realidad cultural, ésa que con facilidad se tambalea. Como cualquier persona del mundo también las de Arrecife necesitamos el recuerdo de lo que hemos sido. Este criterio de conservar los bienes chocan tremendamente con la mentalidad conservadora y estática. Conservo porque he de cambiar continuamente y lo que me garantiza el cambio óptimo y firme es el conocimiento sobre el pasado. Este pasado no lo concibo encerrado sino que además de existir un museo de la ciudad, necesito el Patrimonio vivo, en las calles, en la memoria y en el pensamiento, en el planeamiento y en la conciencia de la clase política.

Es tarde para disponer de todo lo que hemos tenido, tarde para recuperar lo más importante. Ahora si nos decidimos a hacerlo sólo cabe trabajar en lo urgente. Esta tarea se desarrolla con la amargura que supone el sabernos despojadas y con la conciencia de que lo poco que tenemos en cierta medida lo hemos conservado más por olvido que por esmero y conciencia.

El primer paso para valorar nuestro Patrimonio Histórico se concreta en **conocer**. Se accede a él investigando y divulgando. Sólo el conocimiento explica y sustenta su mantenimiento. Lograr resolver este problema tan acuciante en Arrecife es más un reto de la ciudadanía que de las personas que disfrutan cargos políticos. Esta tarea, en la que no faltan obstáculos ni dificultades puede comenzar practicando, promoviendo y exigiendo la higiene de los espacios públicos, dotando a la ciudad de un mobiliario urbano que nos incite a cambiar los malos hábitos: avanzar en el desarrollo que significa, en el caso de Arrecife, cosas tan simples como aprender a caminar, o mejor aprender a dejar el coche, ocupar las carreteras, abrir ventanas y balcones al mar, tener un museo de la ciudad, un archivo, bibliotecas y no conformarnos con medidas puntuales como la de poner flores de pascuas para la dulce navidad, maceteros sobre las sufridas vías, recoger algunos vidrios o establecer un irrisorio carril de bicicletas. Menos aún que Arrecife sea un sarcófago o que a modo de ajuar funerario sea un ataúd donde se conserven tesoros estáticos como consideramos actualmente el papel que desempeña el Castillo de San Gabriel, burlescamente denominado Museo Arqueológico.

Es por la tarde temprano y me dispongo a dejar Arrecife. Como persona mayor que soy y que ha visto pasar la vida, el contenido cultural de Arrecife se me presenta sin nostalgia. Esto es así porque me queda muchísimo por conocer, por descubrir y por aprender del

*"El primer paso para valorar nuestro patrimonio histórico es conocerlo"*

pasado, frente a la nostalgia que me pudiera suponer el carecer de lo nuevo, el que se deriva de tener todo experimentado y sabido. La carencia de nostalgia me la proporciona mi ignorancia reconocida. Mientras camino por la calle más comercial me doy cuenta de cómo hemos mutilado las fachadas de determinados edificios emblemáticos, anulado los interiores, falseado la lectura e ignorado los conocimientos y los logros arquitectónicos de un trabajo realizado con técnicas precarias y materiales limitados. Mientras camino dimensiono mi reto: aprender, investigar, conocer e interiorizar.

Salgo de Arrecife por la carretera del norte y mientras inicio el recorrido para atravesar el kilómetro uno, reconozco una obra deportiva inacabada e identifico y materializo a las personas, que ocupando cargos de responsabilidad política han contribuido decididamente al deterioro, despojo y desaparición de elementos patrimoniales importantes. Conforme avanzo reconozco que es imposible pero cierto, que el escritor Borges se haya inspirado en ellos para escribir la frase citada al inicio de esta reflexión.

Se adentra la tarde y empiezo a reconocer mi conciencia y por ello decido que no voy a esperar dos años para evitar que la idiotez siga sentada, arrimada o atrincherada en el sillón. Este artículo quiere contribuir a ello.